

1976-1983", de Mónica Peralta Ramos; "Política y verdad. La constructividad del poder", de José Pablo Feinmann; "Exilio, guerra y democracia: una secuencia ejemplar", de León Rozitchner y "Por un futuro imperfecto", de Santiago Kovadloff.

A través de la reseña efectuada es factible visualizar la reiteración de planteos y temas; sin embargo, aun cuando se trata de tópicos similares, cada autor ofrece su aporte diferenciado y singular. Tal como se infiere del título, la obra remite al término "cultura" en su sentido más general, antropológico, que abarca la totalidad de las actividades humanas: no podría ser de otra forma, en la medida que la destrucción sistematizada afectó integralmente la vida del hombre argentino.

Este texto es producto de una coyuntura especial, cuya realidad, hoy, seis años después, puede llevar a relativizar algunos planteos, confirmar conceptualizaciones o contradecir muchos análisis (por ejemplo, idealizaciones sobre la capacidad todopoderosa de la democracia por sí misma para cambiar las cosas). No obstante, su vigencia como expresión de la recomposición de la capacidad de disentir, el debate constructivo, el bagaje de experiencias aportadas y las ganas de rehacer la cultura por parte de intelectuales preocupados -algunos escépticos, otros optimistas- por los destinos de Argentina, hacen del libro un documento significativamente valioso.

Lidia Díaz
University of Pittsburgh

**Jorge Narvaez, ed.: *La invención de la memoria*. Santiago de Chile, Ed. Pe-
huén, 1988.**

Un conjunto de textos testimoniales han irrumpido en el siglo XX en América Latina, para dar origen a algo que quizás podamos considerar un género literario nuevo. Sin embargo, son textos que no surgen en el vacío: una literatura marginal se había venido dando -y se continúa produciendo- en nuestra América en forma paralela y no coincidente con la literatura "institucionalizada"; en

esta literatura marginal predomina una óptica particular, vinculada con la de las clases populares, o producida directamente por ellas.

Una constante de la mejor literatura de nuestros países, desde muy temprano, ha sido la imbricación del discurso histórico con el discurso narrativo. La organización especial de la escritura y la presencia subjetiva que tiñe el discurso de indignación, la coexistencia significativa de lo documental y de lo ficticio es un hecho que podemos rastrear hasta los orígenes mismos de nuestra literatura -tanto en la prehispanica como en la posterior a la conquista-; en determinado momento, cuando hay un cambio cualitativo en la historia y nuevas clases sociales en ascenso toman la palabra, se produce este conjunto nuevo de textos que denominamos literatura testimonial.

Se acaba de publicar en Chile el libro *La invención de la memoria*, editado por Jorge Narvaez, en el cual se recogen los trabajos presentados en un seminario interdisciplinario, realizado en el Instituto Chileno Francés de Cultura, entre el 2 de octubre y el 15 de noviembre de 1987. Este seminario estuvo dedicado al análisis de la autobiografía, el testimonio y la literatura documental. Se trata de un aporte realmente valioso para el estudio de un tipo de discurso que hasta hace poco cierto tipo de crítica había subestimado como no digno de figurar en los sacralizados campos de la literatura oficialmente institucionalizada.

Se analizan en este libro, en primer lugar, los aspectos teóricos del discurso documental en América Latina, la autobiografía como género y el problema de la verdad y de la objetividad en el relato autobiográfico. A continuación se estudia un fenómeno concreto y particular, como es el de los antecedentes del discurso documental en Chile, para lo cual se parte de las características de una cierta literatura testimonial en España, para luego revisar algunos textos chilenos de los siglos XVI y XVII; se continúa luego estudiando un texto autobiográfico de Chile del siglo pasado, para culminar esta sección con una apasionante y valiente mesa redonda, en la que se discute acerca del libro-re-

portaje como una opción del periodismo actual, haciendo referencia a algunos textos de denuncia de torturas y de represión en Chile, con la presencia y el testimonio vivo de las periodistas que produjeron esos dramáticos documentos.

En la tercera parte del libro se presentan los trabajos que corresponden al campo de intersección disciplinaria del discurso documental. Aquí podemos encontrar textos que se ocupan de aspectos tan interesantes como el del testimonio y la mujer, el testimonio sagrado entre los mapuches, la historia oral en Chile y muchos otros. El libro finaliza con la última parte dedicada a la crítica del discurso documental, en la cual se revisan algunos textos concretos.

Resulta de gran interés el que los textos que se estudian y analizan en *La invención de la memoria* van más allá de los límites que imponen el alfabeto, los cánones ilustrados o el circuito comercial de libros. En muchos de los casos mencionados la escritura se vincula directamente con una praxis cultural social o política. Ello se debe a que el texto testimonial, entre otros objetivos, busca la toma de conciencia de sus receptores, en relación a la problemática colectiva que se esté tratando. Su recurso característico para lograr este fin es fundir la subjetividad y la objetividad en un centro que se convierte en elemento organizador del texto. Es en este contexto que la forma de expresión literaria y la praxis política se unen en un vínculo particular. Tal como lo dice Mónica González, con palabras dramáticas, en su intervención en la Mesa Redonda mencionada:

Entonces hay una preocupación por un pueblo, que hace decir: esto me inquieta, yo quiero hacer algo que me permita meterme más adentro. Diría que el primer cambio que se produce con la dictadura es que uno se da cuenta que hay muchos riesgos, y el riesgo más serio es el de perder de vista la sensibilidad por los seres humanos, por lo que significa la importancia que tiene cada ser humano. Yo diría que fue ahí cuando comencé a darme cuenta que este pro-

blema de que había muertos, de que había detenidos-desaparecidos, de que había gente torturada, de que había gente, mucha gente, dañada, que no tenía expresión, que no tenía voz. Era un testimonio diario que se iba perdiendo, y lo primero que había que hacer era recoger ese tipo de testimonio y que era una preocupación por cada ser que estaba sufriendo un daño (p. 93).

La literatura testimonial se constituye en un texto complejo, en nada similar a esa reproducción directa de la realidad -por lo demás imposible- de que la acusan sus detractores, muchas veces sin siquiera conocerla. Como en toda literatura también aquí hay una perspectiva, una mirada que selecciona y una organización verbal, es decir, una producción del texto. Ya sea del texto oral --aunque en éste la espontaneidad juega un papel más importante, evidentemente-, ya sea del escrito. Una organización interna que muestra la diversidad y la contradicción, aunque siempre en torno a un eje estructurante: la voluntad de oponerse al discurso del poder y, en gran parte de los casos, también a las prácticas llevadas a cabo por ese poder.

Cuando se trata de entrevistas, el entrevistador pareciera desaparecer como subjetividad, para intentar transmitir lo más fielmente posible la voz de los entrevistados; sin embargo, su papel de organizador del discurso ajeno -con el cual es solidario, en la inmensa mayoría de los casos- es evidente; también en las autobiografías la mirada del autor que se vuelve hacia atrás reorganiza el tiempo, y el pasado no es objeto de una reproducción directa y exacta, del todo imposible, por lo demás, sino que es reelaborado por la memoria que recuerda, a partir de los objetivos, conscientes o inconscientes, que se encuentran en el origen de la producción del texto.

Cuando se trata de recoger la voz colectiva, o hacerse portavoz de ella, también la objetividad de lo real pasa al texto a través de lo subjetivo, el cual le presta su voz particular y le da cuerpo a los fenómenos y problemas colectivos.

Este valioso libro, editado por Jorge Narváez, responde a una realidad que

se impone, y supera las barreras con las que se quiere limitar artificialmente esa realidad: hoy en día en la América Latina la literatura testimonial ocupa un lugar central, tanto en el campo de la producción de textos como en el de la recepción de los mismos. Era hora ya de que empezase a ocupar también un lugar equivalente en el campo de la teoría y de la crítica literarias.

Judit Gerendas

Universidad Central de Venezuela
Universidad Simón Bolívar

Bernardo Subercaseaux: *Fin de Siglo, La Época de Balmaceda, Modernización y Cultura en Chile*, Editorial Aconcagua, 1988.

Leer el trabajo de Bernardo Subercaseaux, es ingresar a la vida cotidiana chilena de hace un siglo. Es un viaje con una pluma ágil e informada que nos introduce rápidamente a conocer en el fragor de las contiendas políticas-cambios sociales, el reordenamiento de las fuerzas en confrontación y el ambiente político y cultural de la sociedad chilena en el umbral de la modernización del país en las últimas décadas del siglo diecinueve.

Este texto se inspira, ciertamente, en *Cultura y Sociedad Liberal del Siglo XIX*, Lastarria, *Ideología y Literatura*, que el autor publicara en 1981, donde señala cómo la literatura chilena se convierte en instrumento de diagnóstico y de influencia en la vida social del país. Así pues, la perspectiva escenográfica que se obtiene en *Fin de Siglo* se engancha lógicamente con el texto anterior.

Esta es una obra que va más allá del relato propiamente histórico del acontecer finisecular chileno, para dar una importante visión de totalidad que nos muestra los vínculos entre la cotidianeidad y el conjunto de la institucionalidad del país, así como también la relación que estos hechos tienen con el acontecer cultural mundial. Vemos pues, en el escenario social a todos los actores en medio de una lucha que redefine la correlación que tenían las fuerzas políticas hasta la novena déca-

da del siglo dieciocho. El texto es el reordenamiento de las partes de un universo complejo que es reconstruido con calidad arqueológica.

El autor articula la fenomenología política y las cuestiones del suceder social en una forma no sólo coherente, sino grata para quien la lee. Esta diferenciación de los niveles o espacios en que se producen los acontecimientos en la sociedad, le permite explicar aspectos sociológicos imprescindibles para la comprensión del período en que se produce el "proceso de modernización de la sociedad chilena" (pág. 129), que el autor considera como una etapa clave para el desarrollo de Chile. Por esta razón, Subercaseaux realiza una interpretación en las más diversas expresiones políticas, artísticas, y en general, de tipo intelectual en la literatura y el periodismo del país así como sus relaciones con el contexto internacional. Es una verdadera geografía analítica en la producción intelectual.

En este sentido, es de particular importancia el aporte que hace con la sistematización de la producción periodística y su relación con el desarrollo de la conciencia política (pág. 285).

El análisis es propiamente de coyuntura política en el sentido que desarrolla Gramsci, lo que le facilita la explicación del cambio de calidad de la situación en el Chile de finales de siglo. Allí pone sobre el tapete la discusión del campo global de la sociedad, donde el "momento actual" del fin de siglo se presenta como un "proceso que está estrechamente vinculado a la expansión mundial del mercado capitalista y a la incorporación a él de la economía chilena" (pág. 131). Es un momento que ya permitía ver con claridad las tendencias de aquellos cambios y la lógica política del momento, así como su influencia posterior.

De hecho, el crecimiento de la burocracia pública, el aumento de la población urbana, los incrementos en el nivel educacional de la población, la fuerza que adquirían los sectores sociales medios y las nuevas formas que tomaba la correlación de fuerzas políticas, eran indicadores centrales para comprender que allí se vivía una transformación cualitativa, y que ésta tenía como base a